

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

55. OTRO MISTERIO QUE AÑADIR



DURANTE un par de siglos todo mi ser murió mil veces, bajo la tortura de un pavor primordial e irrefrenable... Luego, acaso por haber rebasado el límite de mi capacidad para el horror, sentí que se me entumecía el alma.

Las sombras se ceñían en mi torno; pero ya no atendí a las ominosas formas sin forma que pululaban en su seno. Me había dejado caer contra uno de los muros; el frío de la piedra se contagiaba a mi frente.

¡De pronto creí distinguir una difusa claridad delante de mí! Un súbito galope de esperanza se propagó por mi interior... Pero enseguida comprendí que no existía motivo para alegrarme.

La oscuridad reinante me hacía confundir distancias y perspectivas. Aquella claridad tan vaga, ese tenue brillo verdoso, no correspondía a ninguna abertura providencial. Se trataba tan sólo de la carátula luminosa de mi reloj que, por el azar de un ademán, había quedado delante de mi vista, famélica de luces. Superado el desengaño, me fijé en que las saetas marcaban la una... ¿Tarde o madrugada? No había forma de averiguarlo.

Resulta extraño, pero fue precisamente el pensar en eso lo que puso en marcha determinado mecanismo de autodefensa, el cual me obligó a intentar algo más... No sabría explicar por qué; pero me convencí de que no podía rendirme sin presentar batalla.

De manera que comencé a avanzar, tomando las mayores precauciones a mi alcance para tantear el camino ante mí. Previo a quedarme sin luz, había podido observar que el pasaje continuaba, tal vez en forma paralela al muro. Era factible que existiese otra salida; también cabía la posibilidad de haberme equivocado de pasadizo (en el supuesto caso de que hubiese más de uno), y por esa razón no encontré la puerta en el sitio donde pensaba que debía estar. ¿Por qué imaginarme lo peor? Quizá en esos mismos momentos, añadí ansiosamente, el barón Bathory me estaría buscando, preocupado por mi seguridad... No

había que ceder a ciertos histerismos, concluí.

De súbito retiré la palma que tenía apoyada contra la pared, igual que si quemara. ¡Había captado un ligero *deslizamiento!*...

NO SÉ QUÉ fue lo que me dictó aquella reacción; pero ni pensé en contrariarla. Como un rayo, salté hacia atrás y me aplasté contra el suelo. Un hilo de luz hendió verticalmente las tinieblas. Poco a poco se fue ensanchando, hasta que un tenue haz demarcó la abertura de una entrada falsa.

Reconocí la silueta rolliza de Sandor Bathory. Junto a él, un hombre vestido con túnica y mascarilla de cirujano parecía esperar órdenes.

—Siga entonces con lo mismo. —dijo Sandor.

—Sí, doctor. Pero, si me permite, el cuadro psico...

—¡No se ocupe! —le interrumpió Sandor, tajante—. No hay ningún peligro. Tomamos todas las precauciones, ¿no es así?

—Sí..., pero ya sabe que hay aspectos difícilmente predecibles, por cuanto...

—¡Nada, nada! Se está preocupando de más, Rizzio... Le puedo asegurar que no va a ocurrir ningún accidente. ¡Siga con las irradiaciones! Vuelvo más tarde.

En ese momento, un sonido espeluznante me crispó los cabellos. Lo califico de *sonido*, pues aunque se podía notar que procedía de algo vivo, su cualidad resultaba imposible de asociar con ningún grito animal conocido. Era gruñido, barritar, rugido..., aglutinado todo en el corazón de un lamento modulado en un padecer infinito. Y era feroz, también. Y amenazante..., y maligno.

—ESTÁ... INQUIETO —comentó, nervioso, el de la mascarilla.

—¡Siga irradiándolo! —reiteró Sandor—. ¡No se quede ahí parado; vaya enseguida!

El haz de luz se disolvió en la tiniebla. Un punto blanco destelló: Sandor llevaba una pequeña linterna.

Se puso en marcha con la seguridad del que transita por un camino varias veces recorrido. Lo seguí, procurando evitar incluso el respirar muy fuerte. No me convenía que se percatase de mi presencia... Aún no sabía de qué lado estaba cada uno.

Respecto a este nuevo enigma, no juzgué difícil imaginar en qué consistiría. Sandor, al menos, circunscribía sus acciones a los límites precisos de la naturaleza. Sin duda trabajaba en algo de carácter secreto..., peligroso inclusive, dada la reserva en que se movía. Era muy posible, por cierto, que ni el mismo barón Bathory estuviese enterado de aquellas actividades...

Recordé las palabras de Sandor:

“Mi trabajo es perfectamente legal. Investigaciones relacionadas con la exploración del espacio exterior. Pantropía... ¿le dice algo el término?”

No me decía nada.

Otro misterio, pensé, para añadir a los demás...

(Continúa)

¿CONSEGUIRÁ NUESTRO PROTAGONISTA SALIR DEL TÚNEL SIN SER DESCUBIERTO?... ¿O SANDOR ADVERTIRÁ QUE LO VIENE SIGUIENDO..., REACCIONANDO EN CONSECUENCIA DE FORMA IMPREDECIBLE?... ¡HÉCTOR POLETTI DE NUEVO AL FILO DEL PELIGRO! SIGUE: "REVELACIONES"... ¡EL NOVELISTA SE DECIDE A TOMAR LA OFENSIVA! ¡SE SUMERGIrá EN LOS MISTERIOS DEL CASTILLO BATHORY, A FIN DE LLEGAR AL FONDO DE TODOS LOS ENIGMAS Y DESCUBRIR LA VERDAD!... ¡EPICOS ENCUENTROS SE AVECINAN! ¡NO SE LO PIERDA! ¡REGRESE POR SU RACIÓN DE ESCALOFRÍOS!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com